

unos faros que disipan la oscuridad de los tiempos. No os ocultamos nuestras miserias, pero deseamos poner en vuestras manos el manto de Constantino, para que con él cubrais las flaquezas de los sacerdotes infieles, que ocultan las vuestras: queremos que al elevarse vuestra crítica sobre el Monte Santo, no seais como las águilas que observan desde la region del aire las ciudades magníficas, y sin fijar sus ojos en sus soberbias basílicas y regios palacios, solo los tienen clavados sobre un cadáver, para despues lanzarse sobre él y devorarlo. Mirad, os ruego, á esa multitud de sacerdotes fieles en el cumplimiento de sus obligaciones, y cuyas eminentes virtudes y estimable ciencia llevan en pos de sí la admiracion pública: ved. . . . Disimulad, padres venerables, mi imprudencia; ya iba á nombraros, sin acordarme que la Santa Escritura nos prohíbe alabar en su presencia á los que viven.

Pero gracias á Dios que con libertad puedo proseguir el elogio del infatigable y sabio eclesiástico que, despues de haber edificado con sus costumbres é iluminado con su ciencia á la interesante poblacion de San Luis, pasó á regir el colegio de San Angel, cuna de tanto sabio Carmelita, y uno de los mejores teatros de la elocuencia de mi héroe. Allí pronunció la célebre oracion de Capítulo en elogio de San José y en accion de gracias por la eleccion de Provincial. ¡Qué conceptos tan elevados! ¡Qué lógica! ¡Qué lenguaje! Todo es grande en esa pieza oratoria, que por sí sola bastaria para fundar una reputacion secular. A tan justa calificacion añadiré el mérito que tiene, por ser un cuadro genealógico de las notabilidades del Orden. Asombran los conocimientos adquiridos por esos hombres de soledad y de penitencia: asombran las riquezas que la mano de la Providencia ha depositado en la cabeza de los hijos de Elías; riquezas adquiridas en el silencio del claustro y entre las austeridades mas severas, pero riquezas tam-

bien que llevando la mente á regiones bien altas, la alejan de la tierra, de las pasiones de este barro miserable, de esta carne: riquezas, en fin, compradas en la oracion y en el estudio.

Bien persuadido de esto el Rector Nájera, procuró guardar en toda su observancia el instituto, y avivar mas y mas en los colegiales la noble pasion de saber. Abrió á su deseo una nueva senda: no solo cultivó la lengua de César y de Varro, la de Cervántes y Mariana, sino que las preciosidades entrañadas en las obras francesas é italianas, fueron propias de los jóvenes estudiantes: la librería del convento quedó aumentada con la compra y donacion de obras modernas: las conferencias literarias fueron continuas, y se hizo el doble bien de conservar la pureza de costumbres de la juventud monacal y de ponerla al nivel de la parte útil de la instruccion moderna. Este pensamiento eminentemente religioso, fué sin duda el móvil de la conducta de Nájera. El sabia bien el contacto que el clero tiene con la sociedad, y para que no fuese estrangero enmedio de ella, hizo cuanto pudo para poner á los monges sus súbditos á la vanguardia de la civilizacion.

Pero no puedo recordar esta época de su vida sin quejarme de la injusticia con que el digno Rector del Colegio de San Angel fué espulsado de la República, sin mas causa que ser un defensor acérrimo de la disciplina de la Iglesia y un observante fiel de la monástica, un monge consagrado en la soledad al servicio de Dios, un sabio que trabajaba en beneficio del pueblo. Acaso la Providencia permitió este destierro para que fuese á los hielos del Norte de América, á ejercer su ministerio Evangélico en un país protestante, y adquirir allí nuevos tesoros con que enriquecer su alma y su patria. Elevó el nombre de ella aun ántes de regresar á sus costas, porque tuvo oportunidad de trabajar una disertacion latina, que tradujo despues al castellano, sobre la lengua Othomí y origen de los indios; trabajo que fué admirado por la sociedad Fi-

losófica Americana de Filadelfia, y trabajo cuyo mérito se creyó al principio en Paris \* que no podía ser parto de una cabeza mexicana. Pero ¿por qué no habia de serlo? ¿Pues qué la lengua sabia de Ciceron y de Salustio que poseyeron y acristianaron los Abades y Maneiros, los Alegres y otros muchos mexicanos ilustres, no se puede pronunciar por sus compatriotas? ¿Las sabias composiciones de esas notabilidades antiguas no han de fundar una reputacion nacional, honrosamente sostenida por los Gomez y Gragedas, por los Quiles y Nájeras, y cuantos como ellos quieran hablar el idioma de las inscripciones y de las poesías mas hermosas del siglo de oro de la latinidad? Sí. Nájera es el autor de esa disertacion tan elogiada en Europa, y que citan los modernos historiadores de América, como lo es de muchas obras que su modesta mano sepultó en su estudio, y hoy debe exhumar † la gratitud pública, justa apreciadora del mérito.

Las eminentes cualidades de que dejaba tantas pruebas en los diversos lugares de su residencia, acompañaron al monge Nájera á Guadalupe, en donde vivió muchos años, y fué teatro magnífico de su virtud y literatura. Su pasión de saber encontró allí un campo vastísimo en que esplayarse, y ocasiones muy brillantes y útiles de acrecer y emplear sus conocimientos. De inferirse es que la fama de su elocuencia excitaria al momento la noble curiosidad de oír al nuevo Prior del Cármen, quien dócil á las insinuaciones de un pueblo que lo recibió con entusiasmo y supo estimarlo, ofreció al mismo, en recompensa de tan bondadoso trato, todo lo que valía. Cuánto siento, señores, que no hayan visto la luz pública todos los sermones que predicó en la capital de aquel Es-

---

\* Despues recibió el autor muchas pruebas de estimacion en Francia y otros lugares de Europa.

† Deben publicarse sus obras.

tado, y que solo tengamos impresos algunos de ellos! Recuerdo con gusto, y cito como un argumento de honor, la erudita oracion pronunciada en la catedral de Jalisco, en alabanza de Santa María de Guadalupe. El material de esta pieza no solo es escogido, inmejorable el orden con que están presentadas las ideas, grande la relacion que tienen con el pensamiento principal, castizo el lenguaje (cualidades que son comunes á todos los discursos de mi héroe), sino que los puntos históricos que se citan y sirven de prueba, han fijado la idea de unos sucesos que todos sabian, pero no todos estaban instruidos en la filosofía de ellos.

Entendereis que hablo del régimen colonial en nuestra patria. El P. Nájera, con la imparcialidad de un sabio hombre de bien y amante de su país, califica los hechos, caracteriza con exactitud á los personajes históricos; dice sus grandes virtudes y sus grandes flaquezas; refiere á una causa sobrehumana los acontecimientos; vé en la parte dura de la dominacion española la mano de Dios que castiga las idolatrías de un pueblo, pero tambien los favores, las gracias concedidas á él mismo, y que se vinculan en el principio católico y en sus consecuencias; nos considera en la clase de colonos, pero de colonos con mas goces de los que hubiéramos disfrutado bajo otro señor; en fin, coloca en el pequeño cuadro de un sermón, al lado de imágenes terribles y espantosas—“*quas animus meminisse horret*”—otras muy bellas y hermosas: y este acto, que puedo llamar de justicia pública ejercida en la calma de un discurso y con la libertad propia de un orador evangélico, hace que la pieza de que hablo tenga un mérito sobresaliente. \*

---

\* Todo historiador de honradez y buen juicio debe, al referir los hechos y criticarlos, no omitir cosa alguna que sea sustancial. Por lo mismo, al hablar del dominio español sobre nosotros, es justo no olvidar que las magníficas ciudades que tenemos, la lengua que hablamos, nuestros antiguos establecimientos científi-

A la reputacion que adquirió el P. Nájera por el sermón de Guadalupe, debe añadirse la que le dieron otras oraciones, ya sagradas, ya profanas: los reglamentos de la educacion primaria y secundaria: la enseñanza de las ciencias é idiomas en su convento; en el colegio de San Juan, del que fué inspector; en la Universidad, cuyas constituciones reformó por orden del gobierno del Estado: las respuestas que dió á muchas consultas sobre negocios graves: las traducciones de varias obras y otros muchos trabajos científicos, que harán inmortal su memoria. La enseñanza del P. Nájera no solo debe estimarse por haber sido buena y gratuita, sino por el modo de que usaba para aclimatar en el ánimo de los jóvenes las ideas mas nobles, filtrando al mismo tiempo en su corazón los sentimientos mas piadosos.

¡Ojalá y pudiera presentar ahora mismo delante de vosotros á los jóvenes educados por el ilustre Prior de Guadalajara! Observarais en la sanidad de sus ideas, en la solidez de su instruccion, en su amor á buscar lo útil en cualquiera época, una prueba de cuanto influye en los adelantos de la juventud estudiosa, el método de aprender y enseñar escrito por el célebre jesuita Juvencio, que tan á la mano tuvo y observó fielmente el tambien célebre P. Nájera. Y no se crea que su doctrina se redujo á saber las ciencias eclesiásticas, y los estudios preparatorios de ellas, sino que tambien se versó en el estudio y práctica del derecho civil, y en oportunidades que la justicia y amistad le presentaron, hizo uso de su instruccion profunda en favor de la inocencia oprimida.

---

cos, el carácter suave y caballeroso de los mexicanos, y sobre todo la Religion y buena moral, son herencia de nuestros padres. Seamos justos: demos á cada uno lo que es suyo: excremos lo que es execrable; y estimemos lo que es estimable.

\* Quiso preparar la felicidad de la generacion futura, educando con extraordinario esmero á la juventud, y quiso tambien borrar impresiones funestas que habia dejado en Guadalajara la lectura de malos libros.

Parecerá tal vez á alguno que este estudio, como algunos otros que hizo el P. Nájera, son ajenos de un hombre de claustro: se dirá que lo distrajerón de la vida monástica, y fueron, digamos así, como una ocasion peligrosa para la santidad de su estado. Se creerá que el haber domiciliado el buen gusto en Jalisco, fomentando las bellas artes de la pintura y escultura, con un empeño tal que puede considerarse como el creador de la perfeccion de ellas en aquel país, notable por la multitud de sabios que ha dado y hoy tiene: el haber adquirido grandes conocimientos geológicos, y otros sobre diversos ramos, fueron una distraccion de su instituto, y como un peligro de su vida de oracion y penitencia. Pero á los que así piensen, contestarse debe, que es muy glorioso para el clero ser útil de cuantos modos pueda, y sean compatibles con la dignidad de su mision pacífica y sublime carácter.

¿Y se podrá dudar que fué muy conforme á estos intereses tan caros, el que nuestro amigo se pusiera en el caso de prestar grandes servicios á la Religion y á su patria, ya aconsejando sabiamente sobre puntos difíciles de derecho, cuya resolucion restituyese la paz á las familias; ya regularizando la marcha de los acontecimientos públicos en la infausta época en que las estrellas del Norte se habian colocado sobre nuestro firmamento; ya decorando los templos de una manera magnífica, aunque nunca digna de la morada del Ser Supremo; ya mejorando un género de industria con el arte de la pintura, industria que á la vez que proporcionaba medios de subsistencia, avivaba mas y mas la aficion á las artes mas nobles; ya estableciendo una Academia de música, no para irritar las pasiones que deben moderarse, sino para hacer oír en el templo santo los cánticos sagrados con cuanta magestad y hermosura fuera dable; ya aplicando sus conocimientos geológicos al análisis de unas montañas vecinas á Guadalajara, y á las que se atribuyen los terremotos que sacuden aquella ciudad populosa; ya,

en fin, obrando como un ministro amante de la moralidad y de las ciencias, del reposo público y de las comodidades honestas de una sociedad que le consultaba como á un varon ilustrado y pío? Ciertamente que sí. El sacerdocio se emplea noblemente en estos casos, sin repugnancia alguna de sus deberes y sin contradiccion alguna con su espíritu. En lo que mi héroe percibió que la habia y lo alejaba de su ministerio, he dicho mal, á lo que lo separaba, no del santuario, pero sí de su profesion religiosa, se manifestó siempre opuesto. Su modestia, unida al amor á su estado, lo obligaron á no admitir jamas las brillantes oportunidades de obtener en la Iglesia un lugar distinguido entre los eclesiásticos seculares dignatarios de ella; á no querer cambiar su hábito carmelita por las vestiduras honoríficas del canonicato; á no ser mas que el pobre y humilde Prior del Cármen de Guadalajara. En esa ciudad populosa encontró cuanto deseaba su alma, esto es, un campo fértil en que fructificasen la virtud y las ciencias.

Sí, hermanos míos; no solo debemos llorar la muerte del sabio \*, sino tambien la del sacerdote fiel que predicó siempre con uncion santa, y derramó lágrimas sobre las aras en el momento solemne de ofrecer al Padre Eterno el sacrificio incruento de su Hijo: del ministro celoso que ocurrió siempre al llamado del pobre, y alentó su alma con la esperanza del cielo: que empleó sus respetos é influjo en socorrer á la viuda, al huérfano, á la jóven desgraciada, cuya honestidad mantuvo en el claustro de las vírgenes: del confesor prudente, que condujo á muchos por los caminos seguros de la Eternidad: del hombre benéfico á quien lloran, y con justicia, la Religion y las letras.

Pues este sacerdote ilustre, cuya elocuente voz se empleó tantas

---

\* Murió de una enfermedad que se llama reblandecimiento de cerebro, y probablemente le vino de estudiar mucho.

veces en hacer amable la virtud y odioso el vicio; este monge virtuoso, que se consagró al bien de sus prójimos, sin perdonar trabajo ni fatiga; que á tan sagrado objeto dedicó su salud, sus estudios, su influjo y su vida, reclama hoy nuestros sufragios. La Religion nos manda esperar la vida eterna, y dice que son bienaventurados los que mueren en el Señor; pero tambien nos asegura que las obras del hombre son imperfectas, y muy difícil tengan peso en la balanza de la justicia Santa.

Por lo mismo ¡Gran Dios! imploramos vuestra misericordia infinita en favor del ministro fiel que, concluido el dia de su existencia terrena, ha entrado en la noche de la muerte y tocado las puertas de la Eternidad. No te pedimos clemencia alegándote el mérito de sus muchas y buenas acciones, porque ¿quién es justo delante de tí? sino el valor inmenso de la sangre vertida en el Gólgota; de esa sangre que es el precio de nuestra libertad, nuestro consuelo en las desgracias de la vida, y el título mas santo y augusto para pedir que se nos abran las puertas de tu Santuario. Que hoy mismo, que en esta hora tu clemencia se ejerza, perdonando sus faltas á quien tantas veces en nombre tuyo perdonó á los pecadores las suyas: á quien se manifestó siempre lleno de caridad, lleno de misericordia para con sus hermanos: á quien, por conducto nuestro, eleva hoy su voz, y te pide consuelo, ¡piedad, Dios mio, piedad!.... y que su alma vuele á tu seno, y eternamente cante tus alabanzas.—AMEN.

